

XXIII CERTAMEN DE RELATOS BREVES, DÍA 8 DE MARZO

Bandera Roja

“¡Mamá, mamá, ven corre!”

Clara estaba en el salón y al escuchar los gritos de Julia salió corriendo asustada. Al llegar al baño vio a su hija sentada en el retrete. A la vez que le mostraba la sangre que manchaba su ropa interior, Clara respiró y sonrió mientras le decía: “Julia, ya eres una mujer. Voy a buscar unas compresas y cada mes tendrás que usarlas”.

Julia recuerda ese momento ahora que está a punto de cumplir los cuarenta. Entonces tenía trece años. Un colega del hospital le acaba de comentar que a su hija le había venido la regla por primera vez esa misma mañana. Lo han hablado en el café, un tema de conversación entre colegas como cualquiera de los que tienen a diario.

En aquel entonces Julia no sintió que fuera algo para comentar, ni siquiera en la comida con los suyos. “Ya eres una mujer”. Esa frase la dejó confundida, eran tantas las veces que había escuchado a sus tías, vecinas, abuelas decir: “¡Uy Clara, si ya tienes una mujercita en casa!” o “¡Vaya, cómo has crecido! Ya ayudarás a mamá en las tareas de casa, que ya eres toda una mujer”. Pero no, entonces por lo visto aún no era mujer. Se ve que hasta que no sangras por ahí abajo, como decían, no lo era.

Poca información, bastantes prejuicios y muchas supersticiones. Llegaba el verano y, cuando más calor hacía... ¡zas! te venía la regla. Al principio a Julia ni se le ocurría bañarse, decían que te podía dar un síncope bañándote, pero benditos tampones, en el agua con calor es donde mejor se estaba, ¡a la porra con esas tonterías!

Aparte de esos comentarios, pensaba Julia, nosotras, las mujeres, teníamos con frecuencia que escuchar: “Ahora tienes que tener cuidado con los chicos”. Pues la verdad no sé a qué viene, se preguntaba, normalmente jugamos con ellos, nos peleábamos... no sabía por qué su madre, en ese momento le prevenía de ellos, si ella ya sabía cómo se las gastaban cuando se trata de hacerles de rabiar, y no creía que la situación fuera a cambiar de repente. Y con ella, ¿tendrían ellos que tener cuidado? ¡Vaya lio! Te sueltan un par de frases y ninguna explicación a cambio. Por cierto, ¿mi amigo Raúl ya es hombre, o sigue siendo un niño? Juega a lo mismo que yo, nos gusta leer los mismos tebeos, vamos al cine juntos... Creo que debería preguntárselo, pero no sé, me da que se le va a quedar cara de *pasmao*. No, mejor no le comento nada.

Julia no sabía el por qué, pero algo le decía en esos momentos que no podría ir por ahí diciendo que ya era una mujer, desde luego no como cuando se le caía algún diente y todos la felicitaban y el ratoncito Pérez le traía unas monedas para gastar en el kiosco. Esa vez algo le decía que nadie la felicitaría, al menos abiertamente, y menos aún le harían regalos. Todo esto que le bullía por dentro lo escribió en su diario, y esa tarde lo habló con sus dos mejores amigas, sentadas en un banco del parque. Su amiga María fue mujer a los diez años, aún cuando su aspecto menudo y su habilidad jugando al rescate hicieran pensar lo contrario. Y Eva, a la que todos llamaban “chicazo”, por vestir y pasar la mayor parte del tiempo con ellos, por lo visto era mujer desde los doce. No, Julia, no comprendía. ¿Y qué hay de Leo?, del cual todos dicen que es marica, ¿llegará a ser hombre? ¿lo era ya? Muchas incógnitas para una adolescente en aquellos tiempos.

A Julia, la charla del café le ha removido recuerdos de su adolescencia, como cuando se apuntó a judo porque era una de las actividades extraescolares y le dijeron que no era muy femenino, o cuando ella y sus amigas tenían que hacer lo imposible para

pasar delante de los chicos y estos no les levantarán la falda. Lo que más odiaban eran sus risitas y comentarios, y la vergüenza que pasaban.

Vergüenza. Esa es una palabra que ha acompañado a las mujeres a lo largo de su vida: ¿No te da vergüenza correr así? ¿No te da vergüenza tener la casa así? ¿No te da vergüenza ir con ese escote? ¿No te da vergüenza...? Mujeres como Julia a quienes las acompañaba la dichosa vergüenza a todas partes. Siempre había alguien, cualquier otra mujer u hombre, que les recordaba que la llevaban por compañera. Y ocultar. Ocultar que cuando vas al baño con la compresa o el tampón lo haces como si llevarás droga, cuando es un elemento de higiene como cualquier otro, como el hilo dental, como un paquete de pañuelos. Esto pasaba entonces y sigue pasando ahora. Socialmente poco hemos cambiado en este aspecto.

Julia, recuerda cuando comenzó las prácticas de medicina, en ginecología, el profesor hacía a todos sus alumnos hombres subirse al potro. Los demás se ponían enfrente, mirando, les hacía sentir como cualquier mujer cuando va a ser explorada o va a parir. Intentaba que sintieran ese cúmulo de sensaciones: miedo, humillación, frío, incomodidad...

Ahora, en la actualidad, todo va cambiando. Lo habla cuando se junta con otras mujeres, "vamos avanzando", dicen. También en ese avance hay muchos hombres, más de lo que parece. Y se acuerda de Martina, la hija de su colega, de quien han hablado en el café, la ha visto en más de una ocasión. Julia tiene claro que todas esas supersticiones antiguas no van a ir con ella, que las niñas ya de sobra saben que las compresas se tiñen de rojo por la sangre, que el color azul solo existe en los anuncios, les sobra información, estos temas se hablan en casa, en el patio del colegio, circulan por las redes sociales. Su sobrina Nadia ya le ha hablado a su madre de las copas

menstruales y ya tiene pensado usarlas en un futuro. Niñas y mujeres como ellas ya eligen entre ir depiladas o no, se maquillan para ellas, se visten para gustarse a sí mismas. A Julia le gusta esa actitud, lejos queda su infancia, pero se siente unida a estas niñas. En sus viajes de trabajo y de placer por el mundo ha tenido ocasión de ver distintas culturas en las cuales aún se castiga el hecho de tener la menstruación, desde la crueldad en Nepal, donde son aisladas en una cueva, hasta lo absurdo de Japón donde no pueden hacer sushi esos días, y así multitud de tabúes y mitos.

Ahora Julia puede decir que se siente orgullosa de ser mujer, porque ahora comprende que ella misma se ha ido haciendo como tal. Nadie ni nada la ha hecho más mujer, “No se nace mujer, se llega a serlo” escribió Simone de Beauvoir. Julia es luchadora, le asustan las atracciones, disfruta bailando, le preocupa el medio ambiente, disfruta con su trabajo, le gusta nadar, asiste de vez en cuando a manifestaciones, odia el vinagre, le encanta el cine, se maneja de maravilla con el taladro...

Eso sí, lo que más le fastidia es cuando le preguntan si tiene hijos, y ahí es cuando, depende del día y de quien pregunte, puede contestar que odia a los niños, que mejor está pensando en adoptar un gato, o simplemente que es estéril, es entonces cuando le responden con “¡Oh, pobre! ¿No has pensado en adoptar?... Los llegas a querer tanto o más que si los hubieses parido tú”, dicen, y se quedan tan panchos. ¡Ay! Si se mordieran la lengua antes de decir tonterías...

Hoy ha sido un día cansado, Julia, ya va camino de la boca del metro más cercana. El aire frío de enero la despeja, respira hondo y sonríe a sus pensamientos. A su alrededor, la gente viene y va, hombres y mujeres, cada uno con sus preocupaciones, sus prisas, sus caras tristes, alegres, la mayoría con sus cabezas inclinadas hacia el móvil, con las mismas ganas de llegar a casa, de dejar atrás otra jornada.